



DESTAPAR LA OTRA EDAD DE PLATA

[RESEÑA DE *CULTURAS DEL EROTISMO EN ESPAÑA. 1898-1939*, MAITE ZUBIAURRE, MADRID, CÁTEDRA, 2014, 415 PP.]

GUILLERMO LAÍN CORONA

UNIVERSITY COLLEGE LONDON

Nunca mejor dicho. En este libro, con su título translúcido, la cultura de la llamada Edad de Plata española se destapa, se desnuda, se quita vergüenzas y vestiduras remilgadas, y se nos presenta como otra, tan diferente de la cultura oficial/oficialista orquestada por los sesudos hombres del 98, del 14 y del 27, así como por los sesudos hombres de las artes plásticas y los sesudos hombres de las ciencias. O sea, aquí se lee sobre la cultura española popular que no controlaron los *unamunos*, según el apodo guasón del novelista erótico Álvaro Retana, del que también se vale para su estudio prodigioso y necesario Maite Zubiaurre. En particular, esta profesora aborda esa otra cultura del sexo, del erotismo y hasta de la pornografía, todo lo cual se etiquetaba entonces como *sicalíptico*, término pseudoerudito de tertulia madrileña de café (¿del griego *sykon* –vulva– y *aleiptikós* –excitante–?). Prodigiosa y necesaria. Esta peculiar historia de la cultura española es muy necesaria. En los manuales que llegan a las aulas de secundaria y hasta en las Universidades, se lleva propagando desde el franquismo una imagen parcial y falaz de ese período de esplendor, ya que olvida (o tal vez esconde, adrede) que la modernidad no solo estaba en las vanguardias de los *-ismos*, sino también, por ejemplo, en los primeros conatos de películas porno que hoy, queramos o no, definen nuestra sociedad, arrasando en Internet. Es un libro, además, prodigioso, porque Zubiaurre es toda una profesional, quiere decirse (por evitarles el equívoco a las calenturientas mentes sicalípticas): una gran académica, catedrática de literatura española moderna en la Universidad de California Los Ángeles (UCLA), y además también de literatura alemana y traductora. Ahí es nada. No se olvide, por añadidura, que el libro nos llega después del éxito de la versión en inglés, *Cultures of the Erotic in Spain. 1899-1939* (2012), y de la mano de la prestigiosa editorial Cátedra.

En la presentación del libro (lunes 3 de noviembre de 2014, 7 de la tarde, librería La Central, Museo Reina Sofía, Madrid), Zubiaurre daba cuenta de su aspiración de hacer del libro

un éxito de público, y así lo enfatiza también en su “Nota de la autora” (pp. 9-12). La versión en castellano no es meramente una traducción del inglés, sino una reescritura, menos académica, más divulgativa, es decir, a caballo entre ambos espacios. Para ello, entre otras cosas, se ha quitado el aparato de notas al pie que, de farragosas, habrían molestado al público general y que, según ella, no eran necesarias, porque estaban destinadas a los lectores de habla inglesa, desconocedores de datos de la historia de España que a nosotros nos son familiares. Pero, aunque se ha *limpiado* el texto de notas, el lector profesional puede consultar una extensa bibliografía crítica que se cita, con el sistema, menos engorroso, de autor-fecha, a lo largo de los capítulos, y que es muestra de los profundos conocimientos de Zubiaurre. Claro que ello sin abusar, y combinando lo erudito con citas amenas y curiosidades entretenidas, con lo que logra un producto magistral para deleitar aprovechando. A ello ayuda, por supuesto, el propio tema del erotismo, que siempre ha llamado la atención de todo tipo de públicos, así como la colección de 314 imágenes a todo color, muy para ojos de intereses picantes, como postales de tríos que mantienen relaciones explícitas de sexo oral y manual (y el número de imágenes que puede ver el lector es mucho más amplio, con la llamada de Zubiaurre a consultar su catálogo web de sicalipsis: <http://sicalipsis.humnet.ucla.edu>). No menos contribuye a esta amenidad la manera de escribir de Zubiaurre, nunca pesada, sino de ritmo trepidante y tono desenfadado, aunque sin perder la rigurosidad. No en balde, en la presentación del libro, Zubiaurre dio muestras de genial desparpajo, contando con jovialidad anécdotas varias. Según su propio relato, en EE.UU. no le permitieron usar para la portada de la edición en inglés una imagen de una mujer desnuda, y ello por razones encubiertas de absurdo puritanismo. Al parecer, según le dijeron textualmente por email, ¡sale muy caro imprimir en papel pechos de mujer al descubierto! En suma, Zubiaurre logra, a grandes rasgos, hacer el libro para su lector ideal: “lector interesado en la cultura y la literatura, sin ser necesariamente un experto” (p. 10). Pero, haciéndolo, no deja de ser un libro de cabecera para académicos.

Es de cabecera porque, sin duda alguna, es el complemento necesario del libro de José Carlos Mainer, *La Edad de Plata (1902-1939): Ensayo de interpretación de un proceso cultural* (1975). La crítica académica reconoce que este es el libro que epitomiza ese período de la cultura española que ya hoy todo el mundo da en llamar Edad de Plata. El afán de entonces de Mainer también fue el de alcanzar un equilibrio entre lo académico y lo divulgativo, teniendo él en mente, particularmente, al estudiante que está a punto o acaba de comenzar estudios universitarios. Es tal vez por esto por lo que el libro de Zubiaurre es necesariamente complementario. Nadie puede discutir el valor del ensayo de Mainer, pero, sin duda, en línea con la tradición crítica oficialista, él centra su atención y la de sus lectores universitarios en la España de los *unamunos*, con pocas referencias a la cultura popular y de masas, y con no demasiadas referencias a la mujer. Con el libro de Mainer, y los de tantos continuadores desde entonces, en las aulas se perpetúa *exclusivamente* la alta cultura. Zubiaurre, sin embargo, presta atención a la cultura popular que, como hoy, existió, y, en concreto, a la cultura sicalíptica. No lo hace como si fuera una curiosidad banal o sin importancia, sino como un verdadero ensayo de interpretación, a la manera de Mainer, con un riguroso (aunque ameno, no se olvide) enfoque crítico, de estrategia comparativa, en línea con los *cultural studies*, esto es, combinando los tradicionales análisis filológico e histórico, con apreciaciones de género (*gender studies*), homosexualidad (*queer studies*) o cultura visual. En el capítulo 1, “Introducción. Eros español: cuarto de maravillas” (pp. 13-49), Zubiaurre ofrece un retrato general de la sicalipsis, así como la actitud de la alta cultura, que, si bien convivía con ella, la minusvaloraba. En los siguientes capítulos, aborda el estudio de la sexualidad realizado por científicos y otros intelectuales de la época (capítulos 2 y 3), analiza el negocio de las postales eróticas (capítulo

4), la ética del nudismo (capítulo 5), el uso erótico de libros, espejos, bicicletas y máquinas de escribir en diferentes productos culturales (capítulos 6 y 7), la adaptación sicalíptica de símbolos patrios, como la mantilla, así como la erotización y transexualización de símbolos masculinos, como los cigarrillos (capítulo 8), y estudia la literatura erótica, con especial hincapié en la novela (capítulo 9). A modo de conclusión, en el capítulo 10 se refiere Zubiaurre a la ocultación de esta cultura una vez se hace Franco con el poder, y se lamenta de la falta de continuidad entre el período de 1898-1936 y nuestra época posmoderna, desde la Transición.

Con ese enfoque propio de los *cultural studies*, de los que obviamente ha aprendido Zubiaurre gracias a su experiencia académica en EE.UU., se pone en relación cultura (en el sentido tradicional de humanidades, filosofía y letras), con las ciencias positivas. Esto lo hace fundamentalmente la autora en los capítulos 2 y 3, donde el libro es tal vez más árido y menos del gusto del lector de a pie. Es a veces prolijo el análisis de las diferentes teorías sobre sexualidad de Gregorio Marañón y Santiago Ramón y Cajal, en comparación con las diferentes corrientes científicas que se estaban desarrollando en Europa al respecto. Uno casi diría que estos dos capítulos pueden ser más del interés del estudiante de Medicina. Claro que, para los filólogos e hispanistas tradicionales de este lado del Atlántico, es una lección muy interesante sobre el tipo de estudios que se hace en aquella orilla. Es sin duda un académico especializado en este tipo de materias lo que deben de estar buscando en la Universidad de Miami para un puesto de *Assistant Professor of Spanish* recientemente publicitado, ya que en el anuncio de trabajo se pide ser capaz de impartir “seminars in Literature and Science, History of Science, and/or Science and other cultural productions”.

Sea como fuere, en estos dos capítulos lo que analiza Zubiaurre es lo enraizada que estaba en la alta cultura, e incluso en la ciencia, una concepción pazguata de la sexualidad, ya que intelectuales y científicos se mostraban reacios y hasta hostiles al respecto. Teniendo esto en mente, Zubiaurre aspira a desmontar el mito de las dos Españas, si bien desde un punto de vista particular. No se trata de atacar la oposición entre rojos y azules para sacar a relucir los matices ideológicos más complejos que en realidad, más allá del cliché, definen al país. Quienes han hecho esto, se han esforzado en hablar de una tercera España que se movería en el espectro del liberalismo y/o la democracia liberal, frente a los extremismos de izquierda y derecha. Zubiaurre, en cambio, habla de todo esto en otro sentido: “Tanto la izquierda como la derecha contribuyeron a la cultura erótica popular, y ambas se encargaron de producirla y de consumirla. En otras palabras, en el terreno del erotismo, esa teoría de «las dos Españas», defendida tradicionalmente por la historiografía, en gran parte se neutraliza y desaparece. La así llamada «España liberal», por ejemplo, podía ser, en el terreno de lo erótico, tan pacata, reaccionaria y poco «europea» como la España políticamente conservadora. Esta, por su parte, en ocasiones sabía mostrarse mucha más abierta y rupturista en temas sexuales de lo que se ha querido reconocer habitualmente” (p. 13). Así, analiza Zubiaurre el caso de Gregorio Marañón, quien, a pesar de presentarse tradicionalmente como un científico liberal, sin embargo, en materia sexual, bajo una retórica aparentemente abierta, en realidad escondía una postura reaccionaria, incluyendo opiniones homófobas.

Con todo lo atractivo que puede resultar este punto de vista, Zubiaurre incurre, no obstante, en una nueva dicotomía, y en este sentido su trabajo permite una pequeña crítica. Y es que esta profesora en realidad no contribuye a superar el mito de las dos Españas, sino que lo recategoriza a través del erotismo. En la misma página de la cita anterior, habla Zubiaurre de “una España «visible» y dominada por la alta cultura, que es la que han recogido tradicionalmente los libros de historia, y una España llamémosla «fantasmal» (Labanyi) y ninguneada por la historiografía cultural, en la que encuentra cabida la cultura de masas y,

dentro de esta, su rica producción erótica” (p. 13). A lo largo del libro insiste Zubiaurre en la existencia de una España verde y otra España negra. Es cierto que las dos Españas tradicionales (la roja y la azul) se neutralizan en la España, por así decir, verdinegra, pues tanto la izquierda como la derecha alabaron/condenaron la cultura sicalíptica, sin distinción ideológica. Pero en su afán por criticar a quienes pacatamente despotricaron contra todo lo erótico, esto es, los que llama, con Álvaro Retana, los *unamumos*, en este afán, digo, Zubiaurre arremete contra los intelectuales de la alta cultura sin dar pie a matices, presentándolos a todos como retrógrados redomados o, en el mejor de los casos, remilgados aburridos. Queda la sensación de que la alta cultura fue en España un hervidero de rancios, frente a una España de cultura popular de modernidad, tolerancia, alegría inocente, sin ira libertad, como quien dice. Es obvio, tras una lectura atenta, que Zubiaurre no pretende transmitir esta idea reduccionista, y de hecho ella critica, por ejemplo, el uso que hace la cultura erótica de la mujer como objeto para goce del hombre, así como la homofobia de algunos productos sicalípticos. Quiere decirse: la autora reconoce que no todo era *bueno* en la España verde. Ahora bien, es plausible que el ataque tan radical contra la España negra lleve a muchos lectores, en especial los de a pie, a quedarse solo con lo *bueno* de la España verde, como en esta afirmación: “La cultura popular y su rica producción erótica es la primera [...] en reducir [a las mujeres] a objetos sexuales. Pero, a la postre, esa combinación de Eros y tecnología acaba por redundar en beneficio de las mujeres. Al revés que la alta cultura (y ya sea esta liberal o conservadora), tan afecta a imponer al sexo femenino papeles e identidades de signo tradicional, la cultura popular, en su vertiente erótica, ofrece a las españolas la posibilidad de mirar más allá de los Pirineos y de encontrar, en la mujer extranjera, modelos de comportamiento alternativos y formas de liberación sexual y social” (p. 14). Como se ve, Zubiaurre no dice que la España verde sea la panacea, al reconocer su grado de machismo, pero el énfasis en lo bueno de lo verde como contraste frente a la alta cultura de la España negra casi no da resquicio a matices. Y de este modo parece presentarse una España verde (cultura popular, en especial erótica) buena, en cuanto moderna, y una España negra (alta cultura, antierótica) mala, en tanto retrógrada.

El análisis que hace Zubiaurre de la España negra deja mucho menos margen a los matices que el de la España verde ya que, aunque a regañadientes, como se ve, se reconoce que en esta última no todo son luces. Pero se echa en falta algún mayor grado de matización en su estudio del verde español. Por ejemplo, ¿qué pasa con la cultura erótica en el mundo rural? En ningún momento se dice a lo largo del libro, pero la cultura erótica que aquí se analiza con admiración es eminentemente urbana, y el no decirlo puede llevar al lector a concluir que este tipo de cultura desenfadada estaba extendida en los pueblos. En realidad se, reducía a los grandes núcleos urbanos, especialmente Madrid y Barcelona. De modo que si fuera cierto sin fisuras (y no lo es tan sin fisuras) que se "trataba de una cultura popular que, en temas, de sexo, era, con frecuencia, libérrima, perfectamente atrevida y hasta solapadamente feminista y amiga de lo gay", incluso siendo esto así, habría que matizar que ello solo hubo de serlo en las grandes ciudades. Es bastante improbable que la España rural fuera amiga de lo gay a principios del Siglo XX.

Por lo que respecta a la España negra, Zubiaurre ataca todavía más sin distinción a la alta cultura, acusándola en bloque de pazguata. El único matiz que parece admitir es que la España negra convivía con la verde: “Aunque la historia parezca haberlo olvidado los dos grupos [...] coincidían con regularidad en sus paseos por Madrid, eran clientes habituales y ruidosos de los mismos cafés, cabarés y salas de teatro y de cine, y se jactaban, por igual, de su estrecha amistad con artistas y cupleteras” (p. 23). Pero he aquí la paradoja. Si estos sesudos intelectuales serios convivían y hasta se relacionaban amistosamente con los sicalípticos, ¿cómo

iban a ser tan remilgados como los presenta Zubiaurre? En efecto, hay varios problemas que han de tenerse en cuenta en este sentido.

Cuando Zubiaurre toma del novelista sicalíptico Álvaro Retana el término *unamunos* lo hace para referirse “a los circunspectos miembros de la élite intelectual” (p. 22). A *todos* ellos. Y lo hace para destacar su carácter intelectual, serio, remilgado, reacio a lo erótico y, por ello, reaccionario de *todos*. El problema es que en su libro Zubiaurre prácticamente siempre se refiere a los mismos *unamunos*. A saber: el propio Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset, Santiago Ramón y Cajal y Gregorio Marañón. Son pocas las ocasiones en que analiza las opiniones de otros *unamunos*, es decir, otros representantes de la alta cultura de la Edad de Plata. Y un análisis de esos otros autores muestra que no todos eran unos remilgados reaccionarios en cuestiones de sexo.

Por defecto profesional, no he podido evitar pensar en la obra de Gabriel Miró, que he estudiado en profundidad. Secretario de Concursos Nacionales del Ministerio de Instrucción Pública, Miró fue uno de los principales promotores del tricentenario de Góngora que daría vida institucional a la generación del 27 y sus sesudos poetas (especialmente sesudos, Guillén, Salinas, Aleixandre). Miró, pues, fue parte de la alta cultura de la España de la Edad de Plata. Pero no fue un *unamuno*. Quiere decirse: no fue el sesudo y aburrido intelectual anti-erotismo, como supuestamente serían los miembros de la alta cultura de la época. Todo lo contrario. Bueno, *casi* todo lo contrario. Miró no fue un novelista sicalíptico: no escribió novelas eróticas, a la manera de Álvaro Retana. Ni siquiera a la manera de Felipe Trigo. Pero en las novelas de Miró hay una carga de sensualidad y erotismo apabullante, hasta el punto de que uno de los principales estudios de su obra, en manos de Eugenio G. de Nora, se titula “La novela sensual de Miró”. Es más, una de las razones por las que Miró fue atacado por la prensa de extrema derecha en su época fue precisamente la sensualidad erótica que se respira en sus páginas, especialmente las referidas a la vida de Jesucristo, nada menos. Valgan, además, dos datos curiosos. Miró ganó el premio de *El Cuento Semanal* en 1908 por su novela *Nómada*; entre los miembros del jurado que votaron este premio estaba Felipe Trigo, con lo que es fácil suponer que este, famoso por sus novelas eróticas, se percatara del contenido sensual de las novelas de Miró. Más curioso aún: Pedro de Lorenzo, novelista cercano al régimen franquista, cataloga una de las novelas de Miró, *Las cerezas del cementerio* (1910), como novela rosa.

Si no *todos* los representantes de la alta cultura eran enemigos de lo erótico, tampoco es aceptable suponer que las razones de los intelectuales *seriotes* en torno al erotismo fueran tajantemente retrógradas, o basadas en escrúpulos éticos remilgados, como supone Zubiaurre. Tomemos al *unamuno* por antonomasia: Unamuno. En relación con lo dicho en el párrafo anterior, vale la pena advertir que, de todos los autores del 98, prácticamente solo Unamuno y Azorín mostraron admiración por la obra de Miró. Atacada por la extrema derecha su novela *Figuras de la Pasión del Señor* (1916 y 1917), entre otras razones, por la inmoralidad de su sensualidad, Unamuno defiende a Miró... Como también le defiende un intelectual y político que podría tomarse como un *unamuno* retrógrado: Antonio Maura. Pero si se centra la atención en Unamuno mismo, en su pensamiento, no creo que sea desafortunado decir que si tuvo reticencias en torno a cuestiones de erotismo no fuera sin más solo por escrúpulos morales retrógrados. Zubiaurre incluye una cita de Unamuno, tomada de un libro de Pedro Laín Entralgo (no se dice el libro de Unamuno en cuestión), muy reveladora, supuestamente, de su ranciedad ante el hecho sexual: “Mientras aquí no haya un buen número de liberales que se acuesten a las diez, no beban más que agua, no jueguen a juegos de azar y no tengan querida, andaremos mal” (pp. 24-25). A poco que conozca uno las preocupaciones de Unamuno por la política nacional, y aun pudiendo ser verdad que haya algo de estrechez ante el hecho sexual, lo cierto es que bien

puede leerse esta cita como un ataque a lo que hoy se viene llamando la casta, y que entonces representaban liberales y conservadores. Vamos, que puede ser que Unamuno simplemente se estuviera querellando contra una casta de políticos más preocupados en ligar que en ejercer como representantes responsables de los ciudadanos. Es solo un ejemplo de tantos matices que se podrían dar para no ser tajantes al enjuiciar a Unamuno de remilgado.

Una de las cosas que Zubiaurre critica de los *unamunos* de la España negra es que sus recelos ante lo erótico suelen proceder de una lectura machista. Es muy acertado, en este sentido, el análisis que se hace en el capítulo 3 de una epístola que le dirige Ortega a Victoria Ocampo (pp. 114-117). Como el título de este capítulo sugiere, “Elitismos amorosos: el sexo trascendido”, la tesis de Zubiaurre es que los *unamunos* del momento hacían pasar por nobles ideales lo que en realidad era animadversión remilgada y retrógrada ante la cuestión sexual y, en particular, contra la mujer. Leyendo los argumentos de esta profesora de la UCLA, uno queda muy convencido de que en efecto hay mucho machismo en las palabras de Ortega. Pero es preciso no olvidar otras implicaciones. Esa, por así decir, sublimación elitista del sexo (trascender el sexo para que fuera algo más depurado, superior) tenía que ver con planteamientos no solo relacionados con lo sexual. Ortega, en última instancia, si sublima el sexo para que sea algo superior lo hace en el marco de sus ideas de estética (*La deshumanización del arte*) y de sociedad (*La rebelión de las masas*). Para Ortega, es capital que en sociedad sean los hombres egregios, intelectualmente superiores, quienes ejerzan el liderazgo político (lo que no debe confundirse con una forma de autoritarismo, sino con un elitismo meritocrático), del mismo modo que el gran arte está en manos del artista de capacidades superiores. El planteamiento tiene mucho de machista, ya que aquí *hombre* no funciona como masculino genérico (y ello queda más claro al leer el análisis de Zubiaurre), sino *realmente* el hombre, y no la mujer. Pero, con ser machista, lo que esto muestra es que Ortega, en su concepción del sexo, está aplicando su propia filosofía meritocrática: busca una forma superior de sexo, del mismo modo que busca una forma superior de arte. Así que no se puede suponer sin matices que el planteamiento de Ortega es simplemente una forma de animadversión pacata contra el erotismo. Por extensión, es plausible suponer que las reticencias de los *unamunos* no tuvieran que ver con el erotismo mismo, sino con la manera de abordar el erotismo y la sensualidad. Abordar el erotismo de manera egregia, esto es, no como novela sicalíptica, de poca calidad literaria y escaso *gusto*.

Valga aquí de nuevo el ejemplo de Miró. Su novela *Dentro de cercado* (1916), desde el título mismo, rezuma erotismo: la caza de amor, traspasando la intimidad de la mujer (el huerto, el cercado). El argumento, por otro lado, es sicalíptico: un *menage à trois* de dos mujeres enamoradas de un mismo hombre, y entre ellas se dan muestras de amor lésbico. Miró hace un canto al amor libre, disfrutando la sensualidad, pero trascendida como una forma de amor más allá de lo puramente erótico. Y ello, en este caso y a diferencia del machismo de Ortega, con “algún aviso en amores. Descúbralo, si le acomoda, la sutileza femenina”, según dice Miró en la nota preliminar de la primera edición. No es un aviso baladí: a diferencia de muchos de los productos de la cultura erótica popular, que hace de la mujer objetos sexuales al servicio del hombre, Miró avisa a la mujer del egoísmo masculino, y en la trama hace de Luis un ser reprobable por querer aprovecharse de las dos mujeres. O sea: en Miró se respira erotismo, pero un erotismo sublimado. Y esa sublimación no es una forma de ocultar un prejuicio moral contra lo erótico, sino una forma de erotismo que defiende a la mujer. Así, Miró queda muy lejos de la idea remilgada y retrógrada de la España negra que supuestamente representan los autores de la alta cultura.

## Cuadernos de Aleph, 2015. Reseñas

Ahora bien, aun cuando puede argüirse que en sus *Culturas del erotismo en España* Maite Zubiaurre termina por ofrecer una imagen maniquea de España (verde/negra), no debe perderse de vista que este es un libro sobresaliente. Toda buena reseña debe incluir, además de los aciertos del libro reseñado, un análisis crítico. Pero no ha de tomarse esto, al menos no en este caso, como un ataque destructivo. Muy al contrario, es precisamente por lo bien argumentado, estudiado y escrito que está el libro, por lo que he podido en mi lectura plantearme, como académico, las ideas expuestas aquí, y aun si discrepo en ciertos aspectos con lo que dice la profesora Zubiaurre, lo hago gracias a su excelente trabajo, sin el cual nunca habría llegado al fascinante mundo del erotismo de la cultura española de la Edad de Plata. Valga otro ejemplo de Miró, aun a riesgo de caer en la pedantería y vanidad propia. Gracias a los capítulos 6 (libros y espejos) y 7 (bicicletas y máquinas de escribir), le he podido dar un sentido al espejo frente al cual se mira doña Purita en *Nuestro Padre San Daniel*, y la máquina de escribir con la que se sueña Laura en *Dentro del cercado*. Sin duda, Miró era conocedor de los códigos sicalípticos, y los emplea a su manera en sus novelas. O sea, he logrado el propósito perseguido por Zubiaurre: “releer la obra de autores firmemente establecidos” (p. 14). De la misma manera, cualquier otro lector disfrutará, como yo, de la absorbente e ilustradora lectura de estas *Culturas del erotismo*, con su estilo dinámico, y podrá aprender sobre este tema, adoptar una nueva visión de lo que fue la Edad de Plata, y llegar a sus propias conclusiones y reinterpretaciones de autores establecidos, aun si en algo discrepa con la profesora Zubiaurre. Porque esto es lo más importante: la capacidad de Zubiaurre para completarnos el cuadro de la Edad de Plata a través de toda esa otra cultura sicalíptica que existió en España y que merece la pena rescatar, como pilar esencial de la modernidad española. Zubiaurre recupera ese legado, y se lo ofrece al lector con el mejor de los estilos. Así que, ni aun con tener mis reservas en torno al problema de sustituir una dicotomía de España por otra (rojo/azul por verde/negro), lo cierto es que el trabajo de Zubiaurre es necesario, y tal vez este mismo problema al que me refiero no sea sino una consecuencia obligada: una sobre-reacción ante la aplastante losa de la visión tradicional que se nos ha impuesto de la Edad de Plata. Aplaudir lo verde en exceso y atacar con fuerza lo negro de la cultura española como forma de compensar el hecho de que la visión que se ha transmitido de la Edad de Plata se ha basado siempre en la alta cultura, olvidando la cultura popular y de masas. En cualquier caso, no pueden olvidarse los numerosísimos momentos brillantes en el libro de Zubiaurre. A modo de colofón, me parece genial el análisis de dos imágenes: sendos retratos de Álvaro Retana y de Miguel de Unamuno, que Zubiaurre usa a lo largo del libro como representantes, respectivamente, de la España verde y de la España negra. Valga este fragmento:

El hombre joven de la fotografía sostiene el rostro entre las manos, como si de una delicada máscara de porcelana se tratase. Los ojos, dramáticos, muy negros y muy maquillados, encuadrados bajo unas cejas cuidadosamente depiladas y delineadas, lanzan una mirada pensativa al espectador [...], entre coqueta y melancólica. Unamuno, en cambio, desvía los ojos, como perdido en sombrías meditaciones. La boca de Unamuno, apenas visible entre el bigote y la barba, se desploma en una mueca severa. El rostro de Retana, por el contrario, hace gala de unos labios carnosos y bien dibujados, unos labios femeninos, con una sonrisa levemente insinuada, a la Gioconda. (p. 19)